

# LOURDES

Lunes, día 9 de junio de 1958; ha primeras horas de la mañana, una caravana de coches se pone en marcha, camino de Lourdes. La Peregrinación del Arciprestazgo y Parroquia de San Feliu de Guíxols, es ya realidad.

El santo rosario empieza a desgranarse y el Ave de Lourdes resuena dentro los autocares. Estamos ya en Francia. La viña del Rosellón es el invariable panorama que circunda nuestra ruta, cuya meta primera es Foix. Al paso por St. Giron, una fina lluvia nos envuelve y sigue por St. Gaudens, Montrejeau, después Tarbes, y luego, a lo lejos, la cruz y la estrella brillan allá en lo alto de las montañas, señalando la entrada de Lourdes.

Un haz de banderas entrelazadas nos indica que estamos ya en la tierra donde la fe une los corazones, donde la voz del alma, hace desaparecer toda Torre de Babel. Al fondo, recortada sobre el negroazul del cielo, se levanta majestuosa la Basílica, al final de la gran explanada de procesiones y baña con luz las aguas del caudaloso Gave de Pau.

Próxima la medianoche, la peregrinación se postra a los pies de la Virgen en la gruta de Massabiell; y un ave truncado por la emoción, saluda a María y un cirio es ofrecido en nombre de todos los católicos del arciprestazgo, mientras en el altar el sacerdote presenta la ofrenda a Dios.

Amanece lluvioso el día 10. De mañana, acudimos a la gruta para comulgar. Se está celebrando la misa para enfermos. ¡Qué escena tan conmovedora! ¡Tan llena de amor! Ante aquellos seres desgraciados, toda petición queda muda en nuestros labios. La lección es dura, de humildad. Frente a sus dolencias, a sus deformaciones, nuestras quejas íntimas desaparecen y volvemos a la realidad. Abandonamos el pequeño mundo en que habitualmente nos encasillamos, y sentimos que sale de nuestro corazón un cántico de gracias al Creador, y un ruego por aquellos que allí, ante la Virgen, en comunidad de fe, de amor, con esperanza y con espíritu reparador, elevan, en diversidad de idiomas y dialectos un himno enternecedor, vibrante, que inflama nuestra fe, y hace desplegar los labios al más rehacio.

Segundo acto de la mañana: el Via Crucis. El sol arranca destellos bronceados a los formidables grupos escultóricos. La Pasión de Cristo se vive aquí intensamente, porque todo convida a ello. Damos fin a la mañana con el beso de veneración, depositado en la roca donde aquel 11 de febrero de 1858, la Virgen se apareció por vez primera a Bernardette Soubirous.

Por la tarde, visita al Castillo de Lourdes, en cuyo inyo interior se alberga un interesante museo. Desde lo alto de la torre, la panorámica es magnífica y las cámaras entran en acción una vez más.

Pasamos luego a la Basílica subterránea, prodigiosa obra de ingeniería, con capacidad para 20 000 personas oficialmente. Un austero altar, se alza en medio de la gran nave, que el hierro y el cemento forjaron.

Frente a la iglesia del Santo Rosario, la foto de conjunto, grato recuerdo de estas jornadas espirituales.

Luego, el redoblar de las campanas nos convoca frente a la Gruta, donde se inicia la Procesión del Santísimo. Abren la marcha las doncellas, con mantilla blanca, seguidas de los seglares, luego los militares y tras ellos, el Santísimo. Bendición solemne a los enfermos, bendición a todos en medio de un silencio impresionante, majestuoso.

Lourdes....

Piscinas, Basílica, Cripta y Museo de Bernardette, son lugares donde encaminamos nuestros pasos en visita vespertina. En el Museo, 17 magníficos dioramas, de gran tamaño, representan cuadros de la vida de la Santa. Uno de los mejor logrados, es quizás aquel de la enfermería del Convento, el miércoles de Pascua del año 1879, donde a la

edad de 35 años expiró la Santa pastorcilla, pronunciando antes aquellas palabras que, por venir de una Santa, llenan de turbación: **SAINTE MARIE, MERE DE DIEU, PRIEZ POUR MOI PAUVRE PECHERESSE.**

Culmina la jornada con el impresionante espectáculo de la Procesión de las Antorchas, en la que toman parte más de 30.000 personas, con un orden perfecto, con una fe mariana que entona sin reposar el Ave María de Lourdes, en renovación suplicante de perdón, paz y asistencia. Frente a la Iglesia del Santo Rosario, la Salve, y seguidamente en afirmación rotunda de fé, el Credo gregoriano, cantado en multitud de acentos, abrazando razas y pueblos entorno a la Iglesia de Cristo.

Saludamos el día 11, con una Misa de Comunión, en la capilla de la Virgen de Montserrat, de la Iglesia Parroquial. Las estrofas del «Virola» resuenan con voz plagada de emoción.

Luego, visita a la Casa Paternal de Bernardette, así como la Natal, en las que se conserva un aire de evangélica bondad, que contrasta ciertamente con el comercio sobre ellas montado.

La visita a las Grutas de Bétharram, ocupa la tarde, que se ha tornado lluviosa. Estas Grutas distan 15 kilómetros de Lourdes. Una vez allí, el teleférico nos transporta a la entrada, desde donde, acompañados de guía, iniciamos detenida visita a esta maravilla de la naturaleza, diestramente, iluminada. Cerca de dos kilómetros recorremos, en una sucesión de fenómenos admirables. El agua, artífice de ellos, pasa saltarina a lo largo del recorrido, hasta detenerse en el lago, al que llegamos tras un descenso de 80 metros. Las barcas nos llevan al otro extremo de la galería y poco después un pasadizo abierta en la roca, nos deja al pie de la montaña.

La procesión de las Antorchas es hoy numerosísima, pese a la pertinaz lluvia.

A la medianoche, Santa Misa de comunión en la Iglesia del Santo Rosario y luego, visita final a la Gruta. El adiós a la Virgen, con un rosario rezado con tristeza, amor, esperanza profunda de merecer de Dios, por su mediación, la gracia de salvarnos.

En el cielo, las estrellas se asoman por entre negros nubarrones. La noche se engalana, el manto de la Virgen nos muestra sus gemas, mientras, junto al susurro del río, y en ininterumpido relevo, el Santo Sacrificio de la Misa tiene lugar en la Gruta.

Nos invade un espíritu de paz, de aceptación, de bondad.

El último adiós, ¡cuánto cuesta decirlo a una madre! El adiós a la Virgen de Lourdes, lácera nuestro corazón.

Lourdes quedó lejos, mas el manto de la Virgen sigue amparándonos. La Gracia del Cielo, de merecerla vivirá con nosotros.

F.           

